

Jano García

LA GRAN MANIPULACIÓN

Cómo la desinformación convirtió a
España en el paraíso del coronavirus

la esfera  de los libros

Índice

<i>Introducción</i>	11
1. La gran aliada de la manipulación de masas: la televisión	33
2. China centra las miradas de los recelosos ..	41
3. Las redes sociales	77
4. El mes en que se pudo evitar la tragedia ...	103
5. Camino a la perdición	153
<i>Conclusión</i>	183
<i>Notas</i>	199
<i>Bibliografía</i>	201
<i>Artículos</i>	203

Introducción

Desde que la política comenzó a ser descrita hay un componente que siempre la ha acompañado, la demagogia. Son muchos los autores que la han descrito de diferentes formas, pero el primero en utilizar dicho término fue Aristóteles. El filósofo griego aseguraba que la demagogia se centraba en la manipulación de los pobres para así ganarse su favor y, de esa forma, asegurarse el poder a través del sentimentalismo, promesas inviables, el miedo o la falsa esperanza. Desde que Heródoto de Halicarnaso (considerado por algunos como el primer historiador) comenzó a escribir los pasajes de las Guerras Médicas entre griegos y persas, son multitud los ejemplos que nos demuestran que siempre ha estado presente la demagogia y la manipulación de masas por parte de los gobernantes para ganarse el favor de la mayoría del pueblo.

Tenemos miles de ejemplos a lo largo de la historia, podríamos hablar de emperadores romanos como Tiberio, Calígula, Claudio o Nerón. Calígula represen-

tó a la perfección en qué consistía la demagogia que anteriormente había acuñado Aristóteles. En sus primeros meses de mandato se encargó de llenar de pan, dinero y buenos espectáculos a la plebe (los pobres que definía Aristóteles). Sin embargo, todo empezó a torcerse cuando apenas un año más tarde se había gastado el tesoro heredado por Tiberio (2.700 millones de sestercios) provocando un enorme déficit en las arcas públicas. Decidió recurrir a nuevos y altos impuestos de los que no se salvaría nadie. Impuso una tasa a los alimentos, a las cortesanas e incluso a los que se casaban, llegando al extremo de pedir dinero personalmente por las calles de Roma. Todos aquellos que se negaban a realizar una contribución eran castigados con la muerte. Las políticas económicas destinadas a ganarse el favor de la masa y que habían llenado las barrigas del populacho se habían convertido en hambre, ruina y crisis económica. Para tapar su negligencia, ordenó el asesinato de cualquier persona que alguna vez le había contradicho. Cuando falleció su gran amor, Drusila, ordenó un luto general en el que los ciudadanos tenían prohibido bañarse, mantener relaciones sexuales, comer en familia o incluso sonreír por la calle.

Por supuesto, recurrió a buscar un culpable tercero a su nefasta gestión: la aristocracia.

Calígula ordenó asesinar a los aristócratas que no entregaban todo su dinero. Disfrutaba haciendo la vida imposible a la aristocracia. Uno de sus pasatiempos fa-

voritos era regalar entradas a la plebe para el «circus maximus». Entradas que sabía que estaban ocupadas por los aristócratas para así presenciar cómo se peleaban entre ellos y regocijarse de su lucha. Su poder absoluto le llevó incluso a autoproclamarse Dios, vistiéndose como Alepo, Mercurio o Hércules y exigiendo a cualquier persona que se dirigiera a él como «divino emperador». Ordenó traer una escultura de Júpiter Olímpico para cortarle la cabeza y sustituirla por una suya. Nombró cónsul a su caballo favorito y el pueblo debía mostrarle respeto máximo. Pero el hambre y el derroche económico de su populismo fue su propia tumba. Fue asesinado al salir de un espectáculo entre gladiadores y su cuerpo quedó abandonado en la calle hasta que los perros se lo comieron. El Senado de Roma borraría posteriormente su nombre de la lista de emperadores, pero no así la Historia.

Sin duda, uno de los mecanismos más utilizados para la manipulación de masas es buscar un culpable que no represente un porcentaje elevado de la población: aristócratas, ricos, empresarios, millonarios, razas minoritarias, ideologías con escaso seguimiento, minorías religiosas, etc. Calígula no inventó nada y su estrategia de manipulación se ha replicado durante siglos, como hizo Hitler, que supo utilizar también este mecanismo culpando a los judíos de todos los males de Alemania, a pesar de que solamente representaban el 1 por ciento de la población de la época. Posteriormente-

te abordaremos el espectacular ejercicio de manipulación de masas dirigido por el perverso genio Joseph Goebbels.

Prosiguiendo con los emperadores romanos, el fin de Calígula no les libró del populismo. Claudio y sobre todo Nerón, replicaron el comportamiento de su antecesor y condujeron a Roma a fuertes crisis sociales y económicas. Todos ellos acabarían pagando por sus desmanes, pero pronto, apareció un nuevo pilar que ayudó a asegurar el poder de estos emperadores: los *speculatores*.

Tras la muerte de Nerón, Servio Sulpicio Galba, se encargó de que los *speculatores*, que no eran más que una sección del ejército romano que efectuaban las labores de exploración del territorio montados a caballo, se convirtieran en sus guardaespaldas, y también, en espías. De esta forma, Galba pretendía controlar la disidencia dentro de sus propias filas para evitar tener un final terrible. El emperador, poco a poco, fue dotándoles de mayores poderes dentro del Estado para así poder controlar las posibles revueltas o conspiraciones contra su persona. De nada le sirvió. Acabó siendo asesinado como sus antecesores.

Los siguientes emperadores trataron por todos los medios de mejorar los mecanismos del espionaje y de blindar su poder a través de la coacción y los chivatazos, la persecución de los opositores y su posterior encarcelamiento y asesinato. No pasó mucho tiempo has-

ta que un nuevo cuerpo apareció para controlar la opinión pública: los *frumentarii*. No obstante, el emperador Domiciano optó por suprimir el cuerpo debido a su salvaje comportamiento y corrupción. Pero el vacío dejado no tardaría en ser ocupado por un nuevo cuerpo fundado con la intención de crear una policía secreta de forma oficial. Los *agentes in rebus*, también conocidos con el nombre de *curiosi*, asumieron el papel de la vigilancia del correcto funcionamiento administrativo y judicial. Ese era, en la teoría, su deber. En la práctica sus tareas consistían en el espionaje, la persecución de los críticos, detener las conspiraciones contra el Emperador y controlar la opinión pública.

No tiene sentido enumerar todos los ejemplos que la Historia nos ofrece. Desde los inicios, el Estado siempre ha otorgado un papel fundamental a este tipo de prácticas para hostigar a la disidencia política. Los siglos pasaron y los gobiernos fueron adaptándose a las nuevas condiciones y los nuevos contextos que surgían gracias a las mejoras tecnológicas que presentaban nuevos métodos más eficaces para lograr el propósito de la manipulación de masas y el control de la opinión pública. Debemos hacer hincapié en cuatro factores que fueron determinantes a lo largo del tiempo y marcaron un antes y un después en la manipulación de masas: la imprenta moderna, la radio, la televisión y, más recientemente, las redes sociales.

La imprenta moderna, inventada por Johannes Gutenberg en el siglo xv, supuso un cambio revolucionario que a día de hoy sigue teniendo un gran impacto. Se ponía fin a los manuscritos tal y como se conocían y se permitía la impresión de libros, folletos, panfletos y revistas a una velocidad muchísimo mayor. Pero como siempre ocurre, el ser humano (capaz de lo mejor y de lo peor) decidió utilizar este cambio revolucionario de diversas formas. Por un lado, Gutenberg permitió que la población pudiera aumentar su nivel de alfabetización y tener acceso a mayor información. Sin embargo, otros vieron una oportunidad de oro para hacer llegar a la población un mensaje directo de forma más eficaz. Son muchos los ejemplos de cómo se utilizaron los panfletos en sus inicios, especialmente en el ámbito religioso, pero con el paso de los siglos la política comenzó a adueñarse del uso de la misma. A ello debemos sumarle la aparición de periódicos con fines políticos y el gran cambio que supuso la Revolución Industrial. Aunque al lector le resulte extraño, la mayoría de los debates políticos, económicos y sociales que vivimos actualmente (y que hemos vivido en los últimos doscientos años) son derivados de ese gran cambio que supuso en el mundo la Revolución Industrial.

Hasta la llegada de la Revolución Industrial en la segunda mitad del siglo xviii, las economías europeas estaban basadas en la agricultura y la artesanía. No existía un gran número de comercialización de productos,

más bien, todo se centraba en el autoconsumo. Las naciones estaban reguladas, en su mayoría, por monarquías absolutistas y un grupo reducido de privilegiados conocidos como la aristocracia. Esta nueva tecnología iba a permitir que los artesanos pudieran especializarse y las fábricas comenzaran a incrementar su producción, por lo que requerían de mano de obra. La demanda de obreros en la industria, un sector que hasta entonces no era el principal en la isla del norte de Europa, se colocó a la cabeza de la producción del país y cientos de miles de personas comenzaron a abandonar el campo en busca de mejorar su vida en la ciudad. Al mismo tiempo se dio un cambio en la forma de comerciar y la demanda de productos fabricados en serie aumentó considerablemente. La agricultura, que había sido el motor fundamental del abastecimiento de la población, pasó a un segundo plano, y la industria ocupó su lugar. Este nuevo orden económico iba a traer beneficios para la población, pero no iba a estar exento de inconvenientes. Los desajustes producidos durante la Revolución Industrial dividieron a los intelectuales de la época, que tuvieron que posicionarse ante estos cambios.

Por un lado, los defensores de esta praxis, que aseguraban que la Revolución Industrial suponía un innegable progreso para la sociedad y la economía. Ciertamente, la Revolución Industrial permitió una mejora en las condiciones sanitarias de la población, el descubri-

miento de nuevas vacunas contra las enfermedades más letales de la época, que la esperanza de vida aumentara y se redujera considerablemente la mortalidad infantil. De esta forma, se triplicó la población. En el ámbito económico, la facilidad de movimiento y el transporte de mercancías gracias a la locomotora a vapor, hizo que los salarios y la producción aumentaran. A todo ello, debemos sumarle que la Revolución Industrial iba a llevarse por delante los regímenes despóticos que habían gobernado Europa, otorgando a la burguesía incipiente un poder que hasta entonces solo estaba reservado para la aristocracia, el clero y la corte del rey. No es casual que fuese en el Reino Unido donde se produjo este fenómeno, ya que gozaba de una monarquía parlamentaria, y no en países como España o Francia que continuaban sumidas en las monarquías absolutistas.

Pero, por otro lado, surgió una nueva corriente de autores contrarios a esta nueva forma de producir: los denominados socialistas. Si bien es cierto que el socialismo no tiene un padre fundador como sí lo tienen otro tipo de ideologías, autores como Robert Owen, Simonde de Sismondi, Claude Henri de Rouvroy, Charles Fourier y Pierre Joseph Proudhon, consideraban que la clase obrera era la que estaba pagando los costes de la Revolución Industrial y solo la burguesía era la beneficiada del cambio económico y social. Una crítica llena de verdad, debido a que la clase obrera habitaba en la miseria. Decenas de miles de personas que

huían del mundo rural y acudían a las ciudades para aumentar sus ingresos atraídos por el auge de las industrias, vivían hacinados en pequeños pisos en los que contraían todo tipo de enfermedades. Además, las horas de trabajo eran interminables y los salarios eran muy bajos en comparación con los beneficios que obtenía la burguesía dirigente de las empresas. Agrupados en suburbios cercanos a las fábricas, la división aristocracia-pueblo había sido sustituida por burguesía-proletariado.

Hemos de tener muy presente que la Revolución Industrial sacudió los cimientos económicos y sociales conocidos hasta entonces. Supuso un cambio radical en todos los ámbitos creando un nuevo modelo de vida que generó una gran división social. Figuras como Byron, Coleridge, Shelley o Dickens apoyaron las teorías socialistas para paliar la enorme desigualdad generada y alentaron la puesta en práctica de una política social más justa. Hasta el propio papa, León XIII, se sumó a las voces que clamaban mayor justicia social. Durante sus veinticinco años de mandato, dedicó ocho de sus encíclicas a este asunto.

Del mismo modo, hemos de tener en consideración que no todos los autores anteriormente citados coincidían en las políticas que debían aplicarse para revertir la situación. El fenómeno de la Revolución Industrial duró más de ciento cincuenta años y fueron distintas épocas dentro de ella, las que hicieron que unos apostaran por diferentes políticas. No podemos

englobar a todos los autores bajo un conglomerado de ideas homogéneas, pero sí podemos decir que todos los autores socialistas coincidían en tres aspectos:

1. Limitación de la propiedad privada.
2. El colectivo debía prevalecer sobre el individuo, aunque eso supusiera la eliminación de la libertad individual.
3. El Estado debía dirigir, parcial o totalmente, la actividad económica.

Ante el cambio, la impresión de panfletos y la creación de periódicos fue el mecanismo utilizado por los socialistas para tratar de derribar el nuevo orden económico y, de esa forma, conseguir adeptos a su causa. Los socialistas comprendieron que era fundamental inundar las calles, las fábricas, las estaciones de tren, teatros, estadios y todo tipo de lugares de gran afluencia para vencer la batalla ideológica a través de la manipulación con mensajes claros, cortos y directos.

Hubo un hombre que comprendió el poder que tenían en la masa estos mensajes: Vladimir Ilyich Ulyanov. Popularmente conocido como Lenin, se dispuso a tambalear el régimen zarista con la difusión de panfletos entre la población. La propaganda y la agitación social fueron los pilares en los cuales los *bolcheviques* cimentaron su estrategia. En 1912, los bolcheviques crearon el famoso periódico *Pravda* (cuya traducción

al español es «La Verdad»). Ciertamente, Lenin era un tipo brillante que supo recurrir a las emociones de los más golpeados por la crisis que atravesaba Rusia para así generar el caos en el ámbito social, económico e informativo. El mejor resumen del concepto de propaganda por parte de Lenin lo encontramos en su libro *¿Qué hacer?* Él mismo definió la propaganda de la siguiente forma:

El propagandista comunica muchas ideas a una sola o a varias personas, mientras que el agitador comunica una sola idea o un pequeño número de ideas, pero, en cambio, a toda una multitud.¹

Lenin era consciente de que poco o nada servía la propaganda si esta no estaba acompañada de la agitación social necesaria para crear tensiones entre la población que permitieran romper el orden instaurado. La clave era apelar a las emociones para que aquellos que se encontraban en una situación económica adversa, pudieran identificar rápidamente al causante de sus problemas y, de esa forma, aliviar su sentimiento de culpa y lanzarse ávidamente a culpar a un tercero de sus desdichas. Además, añádase la incorporación del uso de la violencia para reprimir a aquellos que se mostraban reacios a asumir la propaganda. Adviértase la necesidad de la utilización de esta nueva y destructiva forma de instaurar una idea entre la masa social para convencer-

les por lo civil o por lo criminal. No es casual que una de las primeras medidas de Lenin fuera la instauración de «La Checa», nombre formado por las iniciales rusas que en español significa «Comisión para combatir la Contrarrevolución y el sabotaje». Nombró a Dzerzhinski líder de la misma y ordenó la ejecución de miles de inocentes para impresionar a las masas. La verdad era lo que el régimen y sus medios de información (especialmente panfletos y periódicos) dictaminaban. No existía la posibilidad de contrarrestar la información oficial y todo aquel que la cuestionara era expulsado de la sociedad.

Pero al oeste iba a surgir el mayor genio de la propaganda política de la historia: Joseph Goebbels. Brillante a la par que malvado y perverso, aquel niño solitario y oscuro que pasaba sus horas encerrado en su pequeña habitación leyendo libros de religión e incluso comenzó a estudiar teología en la universidad, iba a cambiar para siempre la forma de manipular a las masas. Joseph Goebbels empezó a interesarse por la política cuando su fracaso profesional en la banca le hizo encontrar una salida a sus problemas en el mensaje del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, al que acabaría afiliándose en 1924. El lector ávido habrá podido comprender que Goebbels, como tantos otros, fue una víctima más del mecanismo de la manipulación de masas que apelaba a la búsqueda de culpables terceros para aliviar el sentimiento de autoculpa y centrar todo su

odio en el capitalismo, la banca y, especialmente, en los judíos. Inmerso en un mar de fanatismo y euforia descontrolada ante el éxito, pronto se puso a trabajar de forma enfermiza para hacer llegar el mensaje del partido a la población alemana. Su inteligencia, que tan buenos resultados le había otorgado en su etapa estudiantil, ahora se centraban en cambiar la propaganda.

Al comienzo, tal y como reconoció el propio Goebbels, los marxistas fueron sus mentores a la hora de emitir la información. Recurrió a los panfletos, periódicos, folletos y la pega de carteles por las ciudades alemanas. Sin embargo, pronto comprendió que el modelo seguido por Lenin era lento y no conseguía el impacto esperado. Había que acelerar la transmisión del mensaje y puso en práctica nuevos conceptos. No renunció a los panfletos ni a la agitación utilizada por los bolcheviques como parte de su plan, pero no bastaba con crear problemas en las fábricas por parte de los obreros (el papel del sindicato nazi NSBO fue crucial para captar adeptos a la causa). Comenzó a organizar mítines espectaculares, llevaba a los partidarios del partido de ciudad en ciudad para llenar los teatros donde se realizaban y siempre se preparaba una entrada triunfal para Adolf Hitler. Incluso, uno de los grandes cambios fue montar a Hitler en avión. Comprendan que a principios del siglo XX, viajar en avión era algo inaudito y proyectaba la imagen de un hombre valiente que arriesgaba la vida por Alemania.

Tan solo cuatro años después de estar al frente de la labor propagandística, consiguió que el partido nazi obtuviera 107 diputados en septiembre de 1930 (cifra muy superior a los 12 diputados que obtuvieron en las elecciones de mayo de 1928), convirtiéndose en la segunda fuerza más votada, a solo seis puntos del SPD socialdemócrata. En julio de 1932, el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán se convirtió en la principal fuerza política de Alemania, con el 37 por ciento de los votos y 230 diputados, sacando más de 16 puntos al SPD socialdemócrata. En noviembre de 1932, los nazis volvieron a ganar con algo menos de apoyo, pero aún con una importante ventaja. Fue después de esta segunda victoria electoral cuando Hitler lograría ser nombrado canciller y subyugó a la población alemana. En marzo de 1933, los nazis ya usaron la maquinaria del poder estatal para sus fines partidistas y, aun así, se quedaron a un puñado de diputados de la mayoría absoluta. En noviembre de ese mismo año se volvieron a celebrar elecciones, pero esta vez el único partido autorizado era el partido de Hitler, lo que le permitió, por fin, obtener su ansiada mayoría absoluta.

A pesar de lo que tantas veces se ha repetido, la población alemana no era un pueblo inculto y analfabeto. Era, junto con Francia y Reino Unido, el país más avanzado de Europa y su nivel cultural era superior al de España, Italia, Portugal y otros países. Una vez en el poder, Goebbels encontró en la propaganda informativa

un nuevo aliado: la radio. En 1933, Joseph Goebbels contactó con Otto Griessing (ingeniero electrónico) para encomendarle la misión de diseñar una radio que fuera económica para producirla en masa. Una vez diseñada la *Volksempfänger* (la voz del pueblo), Goebbels ordenó a una serie de empresas su producción para posteriormente repartirlas entre la población y que, de esa forma, todos los alemanes tuvieran una radio en su casa. El negocio era deficitario económicamente hablando, ya que el Estado pagaba dinero a fondo perdido por su fabricación, pero era extraordinariamente rentable para conseguir el objetivo del control de la información que recibía el pueblo alemán en sus hogares.

La radio permitía que los discursos de Adolf Hitler, las noticias previamente seleccionadas y solamente una versión recorriera las casas de los alemanes a una velocidad de vértigo. De esa forma, solo existía una versión (la oficial) y todo aquel que intentaba contradecir la información del régimen recibía como respuesta: «¿No has escuchado en la radio que eso no es cierto?». Incluso cuando Alemania comenzó a perder la guerra en 1943, la información que se transmitía era que las cosas iban bien. Apenas dos años más tarde Alemania estaba invadida y el caos, la muerte y la miseria se adueñaron del país. La mentalidad humana es ridícula a la par que excepcional. Paradójicamente, el hecho de que la radio era un nuevo medio revolucionario y que causaba un gran impacto en los ciudadanos alemanes, les hacía creer

a pies juntillas todo aquello que escuchaban a través de aquel extraño objeto rectangular que permitía escuchar la voz de los poderosos en tiempo real, a pesar de estar a cientos de kilómetros de distancia. Goebbels sabía que nadie podía luchar contra el poder de la radio. De nada les sirvió a los opositores combatir la propaganda de los nazis con panfletos y revistas. La desventaja era descomunal y la guerra estaba perdida.

Goebbels se mofaba de sus adversarios consciente de su superioridad en la batalla de la información. Nacieron los «bulos», esa palabra que resulta tan familiar a los ciudadanos actualmente que creen haberlos descubierto ahora. Goebbels fue pionero en la difusión de las *fake news*, otro término con el que algunos se han familiarizado en los últimos tiempos, pero que llevan siglos en nuestras vidas. La diferencia es que el jefe de la propaganda nazi supo cómo hacer llegar de forma rápida a los ciudadanos las falsedades sobre conspiraciones de judíos capitalistas que trataban de atentar contra el Gran Reich Alemán. Una de sus mayores obras de manipulación la encontramos en el incendio del Reichstag (el Parlamento Alemán). Dentro del espectro socialista, la pugna entre nacionalsocialistas y comunistas era una constante, no solamente en Alemania, sino también en Italia y otros países europeos. Goebbels, junto con la ayuda de Göring, sabían que los socialdemócratas, liberales y conservadores no eran su principal enemigo y

que estos serían fáciles de liquidar una vez alcanzado el poder. Así pues, el 27 de febrero de 1933, los nazis ordenaron quemar el Reichstag. En pocas horas, el edificio representativo de la soberanía alemana fue consumido por las llamas ante el asombro y el temor de los ciudadanos berlineses que se agolpaban para ver arder el símbolo de su débil democracia. A las horas, la policía dio con el culpable: el comunista Marinus van der Lubbe. Mientras Göring se encargó de sembrar de pruebas falsas la investigación, Goebbels se ocupó del relato. Los nazis, de esta forma, pudieron vender al pueblo alemán que los comunistas estaban en contra de la democracia y que no respetaban la elección de los ciudadanos. El efecto que tuvo fue aplastante y los comunistas quedaron fuera de juego. A partir de ese momento, fueron considerados traidores a la patria y a la democracia. Van der Lubbe fue condenado a muerte y guillotinado. Con el paso de los años, Angela Merkel le absolvió a título póstumo de todos los cargos que se le imputaron.

La radio permitió a Goebbels aumentar el adoctrinamiento de la población tras nacionalizar las emisoras alemanas y dotarlas de contenido político. No fue hace mucho tiempo, hay que recordar que gracias a su labor de manipulación los alemanes llegaron a ver con buenos ojos las Leyes de Núremberg, aprobadas el 15 de septiembre de 1935. Quiero dejar constancia del poder que tiene la manipulación de masas para que el lector pueda comprender hasta qué punto puede llegar el ser

humano. En dichas leyes se incluyeron la «Ley de ciudadanía del Reich» y la «Ley para la protección de la sangre y el honor alemanes» que tenían artículos como:

Artículo 1.º

(1) Quedan prohibidos los matrimonios entre judíos y ciudadanos de sangre alemana o afín. Los matrimonios celebrados en estas condiciones son nulos, aun si hubieren sido celebrados en el extranjero a fin de evitar ser alcanzados por la presente ley.

(2) Únicamente el representante del ministerio público podrá elevar una demanda de nulidad.

Artículo 2.º

Queda prohibido el comercio carnal extramatrimonial entre judíos y ciudadanos de sangre alemana o afín.

Artículo 3.º

Los judíos no podrán emplear en su hogar a ciudadanas de sangre alemana o afín menores de 45 años.

Artículo 4.º

(1) Queda prohibido a los judíos izar la bandera del Reich o la enseña nacional como así también exhibir los colores patrios.

(2) En cambio, quedan autorizados a exhibir los colores judíos. El ejercicio de esta autorización queda sometida a protección estatal.

Artículo 5.º

(1) Quien infrinja la prohibición establecida en el artículo 1.º será castigado con pena de presidio.

(2) Todo hombre que infrinja la prohibición establecida en el artículo 2.º será castigado con pena de prisión o presidio.

(3) Quien infrinja las disposiciones de los artículos 3.º o 4.º será castigado con arresto en cárcel de hasta un año y/o el pago de una multa.

Artículo 6.º

El ministro del Interior sancionará, previo acuerdo del representante del Führer, los reglamentos jurídicos y administrativos necesarios para hacer cumplir y complementar la ley de ciudadanía del Reich.

Artículo 7.º

La ley entrará en vigor el día siguiente a su promulgación; el artículo 3.º sólo entrará en vigor a partir del 1.º de enero de 1936.

Núremberg, 15 de septiembre de 1935, Día de la Libertad. Reunidos:

El Führer y Canciller del Reich- Adolf Hitler

El ministro del Interior- Frick

El ministro de Justicia- Dr. Gürtner

El representante del Führer- R. Hess²

Recalco que el pueblo alemán no era en absoluto un pueblo inculto o analfabeto, todo lo contrario. A pesar de ello, no pudo resistir el raudal de información dirigida de forma magistral por Joseph Goebbels. Lo cierto es que ningún pueblo puede resistirla. Pero el genio de la propaganda moderna no se quedó ahí. La aparición de la televisión también fue utilizada para sus fines políticos. Uno de sus habituales mecanismos fue la realización de vídeos acompañados con música de fondo e intercalando imágenes de gente sonriendo para transmitir al gran público una imagen de progreso y felicidad. También sumo el cine, el teatro y, por supuesto, los mítines políticos transmitidos por televisión para conseguir una combinación de manipulación letal junto a la radio.

El avance tecnológico ha permitido explotar todavía más la propaganda política televisiva, pero fue Goebbels el primero que comenzó a utilizar este medio. Cuando corrían voces de la inminente invasión de los «Aliados», Goebbels lanzó un bulo para mantener la moral alta de los alemanes. Se les dijo que poseían un arma secreta que acabaría con la guerra y que los alemanes no tenían nada que temer, incitándoles a luchar contra las tropas invasoras. El final es ya el conocido por todos.

Sin Joseph Goebbels, los nazis jamás habrían podido conseguir el poder ni realizar, una vez alcanzado, todas y cada una de las fechorías cometidas bajo el ré-

gimen nacionalsocialista. Tanto es así, que sus nuevas formas propagandísticas siguen vigentes en la actualidad. En cualquier mitin político (no importa la ideología del partido que lo celebre) es habitual observar como el líder del partido entra por el centro del recinto custodiado por sus colaboradores más estrechos, pero siempre a una distancia prudente para que el líder pueda destacar mientras todo el mundo aplaude su llegada. Los escenarios donde se desempeñan los grandes mítines están a una distancia considerable del público, dejando total protagonismo en la escena al orador para resaltar su poder en las imágenes que más tarde se publican en los medios de comunicación. Todo ello decorado con el logo del partido y un eslogan atractivo.

Antes de perder la guerra, Hitler había elaborado un plan con Joseph Goebbels para aumentar la velocidad y el impacto de la información audiovisual. La idea era instalar pantallas en lugares públicos para que todos aquellos que no tenían una televisión en casa, pudieran recibir la propaganda del régimen. Incluso, se pensó en realizar un programa parecido al conocido actualmente como «Gran Hermano» en el cual una pareja de jóvenes alemanes fueran los protagonistas, para así, poder demostrar cómo debía comportarse un buen alemán.

Sin embargo, los nacionalsocialistas no pudieron hacer uso de la televisión a nivel masivo, ya que su comercialización era muy limitada. Todo cambió a partir

de 1950. Desde ese momento, las televisiones comenzaron a sustituir las radios en las casas y todos se lanzaban ansiosos a adquirir ese extraño aparato que emitía a miles de kilómetros de distancia contenido visual. Ante el nuevo cambio, no tardarían los distintos gobiernos del mundo en utilizar la televisión con propósitos políticos. En esta ocasión, no debemos viajar muy lejos para identificar un claro ejemplo de cómo la televisión influyó en la información. El régimen franquista ya había comenzado a utilizar los medios audiovisuales a través de la creación del NO-DO en 1942 y, posteriormente, a finales de los años sesenta, lo convirtió en el principal referente de información de los españoles.